C-102
12

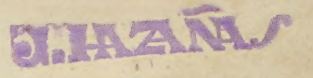
LA HERENCIA

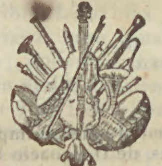
DE UN VALIENTE.

DRAMA ORIGINAL

EN DOS ACTOS EN PROSA.

POR D. F. LUMBRERAS Y D. J. V. DEL VALLE.







MADRID:

BOIX, EDITOR.

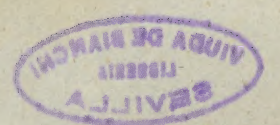
IMPRENTA Y LIBRERIA, CALLE DE CARRETAS, NUM. 8.

1842.

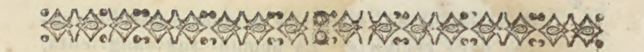
PERSONAGES.

ROBERTO, *veterano.*
LUISA.
PABLO, *granadero francés.*
LA-LA, *comerciante.*
NAPOLEON.
GENERALES, *soldados*, *pueblo.*

La escena es en París en 1801.



Esta comedia es propiedad para su impresion y representacion en las provincias, de D. Ignacio Boix, Editor del *Repertorio dramático*; el cual perseguirá ante la ley al que la reimprima ó ejecute sin que para ello obtenga su beneplácito por escrito, segun prescriben las reales órdenes de 5 de mayo de 1837 y 8 de abril de 1839



ACTO PRIMERO.

El teatro representa una casa pobre, piso bajo, puerta y dos ventanas al fondo que dan á una plaza, mesa y sillas, á la derecha del espectador puerta.

ESCENA PRIMERA.

ROBERTO, LUISA.

Rob. En aquel dia á las tres de la mañana se dió principio á los movimientos para la batalla. ¡Qué dia tan terrible, Luisa! las fuerzas nuestras y la de los austriacos eran iguales en el numero; en el valor no; teniamos mas los franceses; con todo cayeron de los nuestros á centenares; Santival peleaba á mi lado, nos habian confiado un puesto peligroso y debiamos verter toda nuestra sangre antes que abandonarlo.

Luisa. Que espanto!

Rob. Oh, y voto á brios, corrió nuestra sangre, pero el puesto se conservó. Tu padre, Luisa, se batía con un valor de tigre y tu madre le miraba, porque ni un instante se quiso separar de su marido; le miraba repito, nos alentaba recordándonos las glorias de la Francia, y vendaba las heridas de los desgraciados.

Luisa. Mi madre decís?...

Rob. Si, tu madre que era una heroina, me parece que la estoy viendo sin separarse del lado de su esposo, le animaba, le infundia valor, pero los austriacos conocieron la importancia del puesto que defendiamos y nos atacaron; un bata-

llon entero nos cargó, y eramos media compañia para recibirle. La accion fue sangrienta, horrorosa, y muchos de nuestros compañeros fueron víctimas, pero á ninguno le tocó la suerte de los cobardes.

LUISA Y mi madre?

ROB. Si tu padre no fué cobarde fue en verdad bien desgraciado; tu madre no pudo retirarse à tiempo, ni tenia armas con que defenderse; murió atravesada de siete bayonetazos.

LUISA Dios mio! no sigais mas.... mi madre murió?

ROB. Y su muerte causó la de tu padre. Frenético al ver su cadáver «venganza, gritó, compañeros, me han robado la mitad de mi vida, que paguen los austriacos con su sangre la mia que han derramado; guerra, esterminio, á ellos;» y se lanzó á los enemigos de la Francia; algunos le seguimos, y casi ninguno volvió. En aquella noche la accion se habia ganado, pero los dos estábamos en el hospital de la sangre.

LUISA. Mi padre tambien! dia funesto y fatal!

ROB. Aquella noche cuando ya la vida le abandonaba, Santival me dijo, desde que somos militares no nos hemos separado; hermanos de armas una ha sido hasta el dia nuestra fortuna, pero yo ya no te podré acompañar: tengo dos hijos, Roberto, á tu cuidado los entrego; en mi mochila hallarás una carta, cuando Luisa cumpla diez y nueve años, si la suerte te prolonga la vida hasta entonces, se la entregaras, sino cuando murieses. Acuerda á Pablo que es hijo de un valiente, que sirva á su patria y que perezca mil veces antes que mancharse con los nombres de cobarde ó traidor.

LUISA. Padre mio!

ROB. Pobre Santival! aquella noche murió y yo recogí su herencia, una carta y dos niños que me envanecian. Tu Luisa cumples hoy los 19 años y antes de entregarte el legado de tu padre, he querido que sepas su historia.

LUISA Oh pobre padre mio, madre mia! vuestra memoria no se apartará jamás de mi, y mi llanto correrá siempre en pos de vuestro nombre!

ROB Si hija mia, llora à tus padres, porque no sabes lo que son; si mi hija viviera...

LUISA. Habeis tenido una hija?

ROB. Si, pero no la he conocido, en una de las sa-

lidas que hice de París con mi regimiento, mi esposa estaba en cinta, su estado no la permitió seguirme como lo habia hecho siempre, quedó pues en irme á buscar apenas saliese de él. Un dia recibí una carta en que me noticiaba su partida; en vano la esperé, mis ojos no debian ya verla mas; pasó un mes tras otro y otro, y yo entre angustiosos dolores demandaba á todo el mundo mi esposa; nadie me pudo informar de su suerte, regresé à Paris donde supe habia salido el dia prefijado recorrí anhelante todo el camino preguntando siempre por ella. Lo único que pude saber fue que enferma se habia quedado en una aldea. Tuve que regresar á Paris porque me llamaba mi obligacion, dos años eternos, sin fin, tuve que estar sin separarme de mi regimiento, y en cuanto tuve licencia para poder partir corrí á todas las aldeas, á todas las chozas, por adquirir noticias; nada mas supe sino que en una habia muerto una muger dejando una niña, pero que su padre se habia presentado y recogídola, no era pues la mia. Desde entonces nada he sabido y el paradero de mi esposa y mi hija ha quedado envuelto en el mas insondable misterio.

Luisa. Oh! que desgracia!

Rob. Si, Luisa, la desgracia persiguió á los camaradas de nuestra compañia, apenas se retiraron unos cuantos del servicio y todos llevaron penas que llorar. Nuestras mugeres, nuestros hijos, nuestra sangre, todo lo sacrificamos á nuestra patria é hicimos bien; á ella perteneciamos... Qué diantre! contando mis antiguallas, los recuerdos de mi mocedad, olvidamos el dia en que vivimos; sabes que hoy es el 14 de julio de 1801 dia en que se celebra la fiesta de la concordia, Luisa. leeme el Monitor.

Luisa. (*Leyendo*). «Orden del dia.» El consulado ha determinado que en el dia de hoy se coloque la primera piedra de una columna que se ha de levantar en la plaza de la Concordia para eternizar la gloria de los que con tanto valor defienden su patria, de los que han hecho grandes servicios ó han perecido gloriosamente por su causa. Despues pasarán los cónsules al cuartel de Inválidos, en donde se cantarán

himnos á la gloria de Desaix, el primer consul revistará los inválidos y premiará con medallas de oro á los cinco que los mismos designen como mas beneméritos.»

ROB. Bien, bravo; bravo, honor à los valientes!

LUISA. »En seguida pasarán los cónsules al campo de Marte, donde estará toda la guarnicion sobre las armas, y allí se presentarán al primer Cónsul las banderas tomadas á los enemigos por Pablo Santival, soldado de la 9.ª media brigada ligera y por...

ROB. Por Pablo Santival?... Oh! no hay duda. Tu hermano, Luisa, tu hermano, el hijo de un valiente veterano.

LUISA. Pero nosotros no sabiamos...

ROB. Yo en verdad no lo sabia, solo si que deberia llegar hoy aquí, y por eso le estoy esperando, pero ahora mi gozo es doble; vuelve y vuelve con gloria. Gracias, Dios mio. Santival! Santival! cumplí tu encargo, tu hijo es valiente y tu hija honrada.

LUISA. Ah! triste de mi!

ROB. Ahora bien, Luisa, es preciso que veamos todas las fiestas, que vayamos al cuartel de los Inválidos: luego volveremos aquí y veremos la revista y las iluminaciones, los fuegos y los bailes: vive Dios que he de bailar esta noche. Estará tu hermano tan ufano con su bandera y luego la depondrá á los pies del general. ¡Oh que contento! Pero tu Luisa, nada dices, estás triste y por qué?

LUISA. (*Ap.*) Que le diré?...

ROB. Vamos, por qué no te alegras? casi siempre estas llorando, y voto á brios que eso no está bien; hoy no es dia de llanto sino de alegria y de saltar de gozo, y mas para ti, cuando se celebra el triunfo de la Francia, cuando tu hermano vuelve vencedor y el dia de tu cumpleaños no debes estar así. Hoy todo francés olvida su penas y canta sus victorias.

LUISA. Si, padre mio, pero hoy me habeis contado tambien la historia de mis padres, hoy he sabido cuan lastimosamente perecieron, y si estoy triste no hago mas que cumplir con mi obligacion de hija; sacrifica mi corazon su alegria à la memoria de un padre.

ROB. Vaya, fuera esas niñerias; anda, vístete, de ga-

la por supuesto, y traeme mi uniforme de veterano.

LUISA. Pero todavia es muy temprano... hasta las doce.

ROB. No importa, quiero ver los preparativos, no puedo estar hoy encerrado, en cuanto á ti vístete para luego si ahora no quieres salir, yo no tardaré; conque anda; mi uniforme y mi sable.

LUISA. El sable tambien?

ROB. Si, hoy me siento fuerte, jóven, no tengo mas que veinte años.

LUISA. Voy el instante.

ESCENA II.

ROBERTO.

Si, hoy soy jóven, estoy como cuando en Lodío me batia con triple número de enemigos, pero Luisa está triste y yo debo averiguar la causa. Hace un año que llora sin cesar. Si será!... Cuando antes la recordé la honra de su padre, una esclamacion se escapó de su labio involuntariamente: si fuese cierto ¡oh! no, lejos de mi sospechas que la ultrajan, pero y por qué no sospechar, no puede ser muy bien? yo lo averiguaré... (*Suenan golpes*) quién llama?

LALA. Soy yo, vuestro amigo Lalá, ciudadano Roberto?

ESCENA III.

ROBERTO, LALA.

LALA. Buenos dias camarada; yo ya sabía que estaríais disponiéndoos para las fiestas, oh, tengo el olfato muy fino para pronosticar; á que me estabais esperando?

ROB. No ciertamente, iba ya á salir solo.

LALA. Ya lo sabia yo. Como es tanta vuestra impaciencia iriais á buscarme; es verdad?

ROB. No, voy á salir con Luisa.

LALA. Ya me lo presumia. Conque en el cuartel de los inválidos se canta una salve en accion de gracias...

ROB. No, es un himno á Desaix.

LALA. Ya decia yo que algo habia de ser de eso; y luego....

ROB. La inauguracion...

LALA. Ya ya sé la inauguracion de la... de la... esto es la inauguracion de la...

ROB. Columna de la Concordia.

LALA. Pues, de la columna de la Concordia.

ROB. En el campo de Marte.

LALA. Si, la columna de la Concordia que se levanta en el campo de Marte.

ROB. No hombre, no, en la plaza que era de Luis XV, ahora de la Concordia.

LALA. Pues eso decia yo, aqui en esta plaza.

ROB. Y en el campo de Marte la revista.

LALA. De las tropas. Si, bonito soy yo para no saber todas la novedades. Ya veis, amigo Roberto, que os he enterado de todas las del dia.

ROB. Si ya veo que vos...

LALA. Oh soy un lince para averiguar, y para dar noticias un Monitor. Pero ahora bien, vos me direis de la bella Luisa. Ya presumo que se estará vistiendo.

ROB. Todavia no, no quiere salir tan temprano estará limpiando mi uniforme.

LALA. Con que hoy os vestis de veterano? me lo figuraba.

ROB. No es dificil de figurar; como todos los dias.

LALA. Ya pero hoy con el uniforme de gala.

ROB. Oh eso sí; de gala para ostentar mi vieja insignia el dia de las glorias de la Francia.

LALA. Dejemos esa conversacion y hablemos un rato de nuestros intereses.

ROB. Y qué relacion tienen vuestros intereses con los mios para....

LALA. Ya esperaba yo esa contestacion, pero tal vez tengan alguna analogía. Ya sabeis que soy un empleado de la hacienda militar de infima categoria.

ROB. La hacienda militar?

LALA. No hombre, yo Y ademas un tendero de comercio al por menor bastante ingenioso.

ROB. Bien y que...

LALA. Que es prueba del talento que yo desde muy niño empecé á manifestar, baste deciros que he reunido un capitalito regular, el cual me pone en el caso de atender cómodamente á mi subsistencia y á los negocios del estado.

ROB. Seguramente.

LALA. Ya sabia yo que seriais de mi opinion; ahora bien, vos, ciudano Roberto, teneis una hija que es en estremo bonita. Yo sé ademas que vuestro hijo

Pablo fué uno de los que salvaron la vida á Napoleon el año pasado, y como él se halla en el dia en predicamento, cualquiera gracia que le pida se la concederá Yo presumo que no descuidareis el dote de Luisa, porque ya conoceis que el dote es la mitad positiva de una muger. Pues bien, unido esto á mi riqueza, pueden hacerme un grande hombre, tal vez cónsul, pero como ni el dote, ni la belleza de Luisa, pertenecerán mas que á su marido yo os la vengo á pedir con las debidas formalidades.

Rob Habeis acabado?

Lala. Si, espero vuestra respuesta que presumo ha de serme favorable.

Rob. Pues bien, escuchad: en cuanto á la mano de Luisa ella es dueña de concederla á su antojo, pero os debo advertir lo primero, que no es mi hija, sino de un valiente camarada mio; y lo segundo que el primer cónsul pagó á mi hijo el servicio que le hizo.

Lala. Lo pagó y con qué...

Rob Con un almuerzo que le dió á su mesa.

Lala. Y con un almuerzo se contentó.

Rob Sin duda.

Lala. Eso ni lo sabia ni lo presumia yo.

Rob. Todo el dote de Luisa consiste en un billete que no es del banco, y creo que contendrá buenos consejos, con que si os quereis contentar con la otra mitad, no positiva de muger, y Luisa viene en ello, yo no os pondré ningun obstáculo.

Lala. Ya! entonces es necesario una esplicacion; antes de cargar con su belleza; porque una muger sin dote y que no tiene mas que la mitad ilusoria no puede exijir tantas consideraciones como...

Rob Ella se acerca podeis manifestarla vuestra pretension.

Lala. Oh! no, delante de vos se ruborizaria, volveré luego cuando esté sola; si permitis saldré ahora con vos.

Rob. Como querais.

ESCENA IV.

Dichos LUISA.

Luisa Tomad señor Roberto...

ROB. Luisa, desde que tu voz supo formar palabras me has dado el nombre de padre, ¿te pesa acaso consagrarme esa memoria, ó te avergüenzas tal vez de ser la hija de un soldado? Luisa, querida Luisa, ¿qué he hecho yo para desmerecer de tu cariño? ¿No has visto como he mirado siempre por tí con la asiduidad de un amante, con la ternura de un padre? En este instante sacrificaria lo que me queda de vida por labrar tu felicidad.

LUISA. Padre mio!

LALA. Bien hecho ciudadano, ya estaba yo persuadido que vuestro cariño lo sacrificaria todo por Luisa.

LUISA. Habeis hecho tantos favores á esta desgraciada, y yo he sido tan culpable para con vos!

ROB. Culpable conmigo Luisa, ¿que misterio encierran esas palabras?

LUISA. Padre mio me asustais. Triste de mi!

ROB. En qué has sido culpable, hija mia?

LUISA. ¡Ah! Yo nada os puedo pagar por tantos beneficios, y vos lo habeis sacrificado todo por esta infeliz huérfana.

ROB. ¡Oh! huérfana de mi hermano de armas, de Santival el valiente, no, tu no eras una huérfana que se recoge por compasion ó necesidad; no, yo no fuí ni un padre adoptivo por ostentar filantropia, ni un avaro tutor que se interesa en los bienes de su pupila; la hija de mi camarada es mi hija, nada me debes; si yo hubiera muerto y mi hija viviera seria tu hermana, y Santival os confundiria en su corazon.

LUISA. Padre mio, me amais, es verdad, oh si, y me amareis siempre: una pobre muger abandonada en medio del mundo, es una paja con quien juega el huracan; sed siempre mi escudo, libradme de las tormentas de la vida, amparadme de su seducciones y yo dedicaré toda mi vida á cuidaros, á prevenir vuestros deseos, y os bendeciré eternamente.

ROB. Si hija mia y cuando el hilo de mi vida se rompa, cuando tu padre tenga que abandonarte, tu hermano, tu noble hermano te protejerá; mi bendicion te acompañará, y la sombra de tu padre y la mia velaremos por tu inocencia.

LALA. Magnífico... casi lloro... ya sabia yo que una escena así me habia de enternecer.

ROB. Pero tu siempre estas triste y la causa de esa afliccion no debe ser un misterio para mi.

LUISA. La suerte de mis padres...

ROB. Hasta hoy la ignorabas completamente y antes de ahora ya sufrias. Preciso que una gran pena te preocupe, y yo te ruego me digas la causa de la turbacion de tu semblante; antes siempre bullia la sonrisa en tus làbios y no llorabas sino al presenciar la desgracia de algun hermano tuyo. Luisa dime lo que te aqueja, qué motivo?...

LUISA. Ninguno padre mio, ninguno; es natural mi tristeza.

ROB. No, es imposible; tu me lo callas y ese silencio me hace sospechar cosas terribles.

LUISA. Padre mio!

ROB. Es forzoso que me digas la verdad de ese secreto.

LALA. Eh que tonteria; ya presumo yo la que es (*Ap.*) Luisa se ha penetrado de mi amor, ha tomado en cuenta mis obsequios y me ama; vereis como cuando yo le manifieste mis ideas respecto á ella cesan sus penas y sus aflicciones.

ROB. Quieralo el cielo.

LALA. Conque amigo Roberto, vámonos por ahi á ver los preparativos de le fiesta: (*á Luisa*) palomita mia no os desazoneis; en cuanto pueda volarè á vuestros brazos.

LUISA. Padre mio os vais enojado conmigo?, no me mirais?

ROB. No hija mia, mi corazon te ama porque tiene necesidad de amarte; hija mia, hija mia, (*A Luisa*) mas es preciso confesarmelo todo; si la presencia de Lalá te ha impedido ser franca yo me desharé de él y volveré à que me confieses tu cuita, hasta luego, (*alto*) que no dejes de estar vestida de gala para mi vuelta; quiero que vean apoyado al veterano sobre el brazo de su hermosa hija, tu embellezerás mi uniforme y el te embellezerá á ti; es el mismo de tu padre.

LALA. Bravo, bravo. Vaya ciudadano Roberto otro abrazo á la hermosa Luisa; señorita, soy siempre vuestro servidor. (Si tuviera una buena mitad positiva no habia quien la igualara.)

LUISA. Hasta luego, padre mio.

ROB. A Dios, querida Luisa.

ESCENA V.

LUISA, *sola.*

Que estè alegre Dios mio! como es posible, como ha de aparecer risueño el semblante cuando sufre el corazon? Eugenio, Eugenio, ¿por qué te amé, por qué te crei? ¡Que ha de estar siempre envenenada la voz del hombre y siempre rodeado de amargura y deshonra! Oh, si, no se debe creer, no se debe amar, y que es la vida sin fé ni amor? y el me habrá olvidado, me habrá abandonado y yo no le puedo ver, no puedo reconvenirle por su traicion, no he vuelto á saber de él;... y mi hermano que me quiere tanto, que me ha hecho jurar que no me casaria, que á nadie amaria .. ¡Oh! triste de mi! Desgraciada!

ESCENA VI.

Dicha LALA.

LALA. Sola, ya lo sabia yo, y llorando? me lo presumia.

LUISA. Quien es? Ah sois vos.

LALA. Indudablemente señorita.

LUISA. Como salisteis con mi Padre...

LALA. Si, cierto que sali con vuestro padre mi amigo; pero tambien lo es que os dige que volaria á vuestra presencia; precisamente no he volado porque yo ya sabia que eso no podia ser.

LUISA. Pero...

LALA. Voy á seguir mi historia; apenas dejé al ciudadano Roberto confundido entre una multitud de curiosos que hay en ese próximo cuartel, adonde creo ha de llegar vuestro hermano; di un cuarto de conversion como presumo que él diria, y me escurri bonitamente hacia aqui con la esperanza de hacer un buen negocio

LUISA. Un buen negocio aqui.

LALA. Si, justamente un buen negocio, porque yo ya sabia que estariais sola; ahora bien ante todas cosas es preciso que sepais que tengo un olfato sumamente delicado, y que cuando yo me imagino una cosa nunca la yerro. Pues bien, he sorprendido el secreto de vuestro corazon, yo se que amais....

Luisa. Santo cielo! y vos señor Lalá que pruebas teneis para asegurar?...

Lala. ¡Oh! no os incomodeis porque haya adivinado una cosa que nada tiene de particular y mas sabiendo que tengo esta prevision, esta sutileza.

Luisa Y pensabais comerciar con mi amor?

Lala. Comerciar pche... comerciar precisamente no. Pero vamos al negocio: sentémonos y dispensadme un poco de atencion.

Luisa. *(Ap.)* Que irá á decir...

Lala. Ya sabeis que ademas de empleado soy comerciante, y que este último ramo de mi industriosa vida me ha producido bastante, gracias á una cábala mercantil que yo os demostraré.

Luisa. Ya sé que en vuestro rango son de alguna consideracion vuestras riquezas; vuestro almacen de aguardientes y legumbres es bellísimo y muy bien ordenado.

Lala. Ya conoceis mi travesura, pues bien: mis géneros esquisitos, mi aplicacion nunca desmentida, mis cálculos asombrosos me han puesto en el caso de poder figurar de un modo brillante en estos tiempos en que la nobleza de la cuna cede y rueda ante los méritos personales. Con todo, asi aislado de mis propias fuerzas, teniendo que cuidar de mis intereses, no puedo dedicarme como quisiera à los del públicc y ¡oh quien lo duda, yo pudiera ser prefecto... cónsul. (*Luisa se sonríe.*) Cónsul, si señorita, qué os reis? pues que ¿no tengo yo facha de cónsul ó diputado, es acaso mi figura peor que la de algunos de los que en el dia figuran? ademas que mis talentos...

Luisa. Y que relacion puedo yo tener con ese porvenir brillante y vuestros calculos de ambicion?

Lala. (Quiere que me declare, eso era de presumir) vais á saberlo; yo necesito ademas quien me distraiga los cortos momentos que me dejen libre los negocios públicos y el cuidado de mis intereses; yo sé que habeis notado los obsequios que hago hace mucho tiempo á una linda muchacha.

Luisa. Os aseguro que lo ignoro.

Lala. Ea, fuera de disimulo, que sabeis es mucha mi perspicacia, ya sabia yo que me amabais.

Luisa. Yo, y era ese el amor que me deciais.

Lalá. Seguramente.

cuñado, y debe llegar á ese cuartel donde os quedásteis. Eh!

ROB. Asi me han dicho.

LALA. Era de presumir; pues señor, aunque descuido mis intereses vuelo á abrazarla el primero y darle la enhorabuena, la bienvenida, la... ya sabia yo que si me enamoraba habia de ser un bruto.

ESCENA VIII.

LUISA ROBERTO.

ROB. Tambien es justo que nosotros vayamos á recibirle, pero antes Luisa ya que estamos solos que nadie nos incomoda lo es tambien que me digas la causa de esa tristeza.

LUISA. Padre mio, ya os he dicho que era natural.

ROB No, Luisa, es imposible, yo te suplico me reveles el misterio que oculta tu corazon, esa pena que te devora no es producida por un humor pasagero... Tu eres desgraciada.

LUISA. Pues bien, padre, compadecedme porque en verdad soy desgraciada..

ROB. Y por que hija mia no he de saber yo las penas que te aquejan?

LUISA. Ah padre mio, dejadme, dejadme por piedad, no querais que os revele la causa de una amargura que durará mientras viva: en vano es que lo intenteis, aunque la voluntad quisiera, la lengua se negaria á obedeceros.. Oh nunca... nunca.

ROB. Y por qué no, hija mia, no he sido yo siempre tu amigo, tu consejero, no me has manifestado siempre tus dolores, tus pesares? no he aplicado yo siempre el bálsamo de mis consuelos á tu llagado corazon? Oh Luisa, Luisa. Tu amas y ese amor funesto marchita tu belleza y tu juventud; acaso un amor sin correspondencia te desespera, acaso tengas celos? Ah! yo no poseo ese dificil arte de conocer el corazon humano, pero sufro mucho porque sé que no eres feliz. Dime, Luisa, es acaso el amor lo que te apena.

LUISA. ¡Ah! si padre mio.

ROB. Y bien: ¿á quién amas? ya sospechaba yo que tu declaracion á Lalá era fingida, solo por librarte de un importuno, dime pues su nom-

bre para conocer los obstáculos que habria que vencer para conseguir tu objeto; sabes que ha sido siempre mi idea el complacerte: ¡oh! si yo pudiera adivinar tus deseos para prevenirlos, si yo conociera por los ojos lo que anhela el corazon, nunca tus labios se abririan para pedir merced; pero no poseo mas que un corazon sencillo y honrado y no se preveer, no se conocer, dime pues, Luisa, el nombre de tu amante.

LUISA. Su nombre.... jamas.

ROB. Y por qué no? lleva su apellido por desgracia la mancha del crímen ó la deshonra? no tiene, no le legó su madre el nombre de su padre ó lo debe quizá á alguna infamia?

LUISA. No, padre mio, nada de eso, su nombre es honrado y su profesion tambien mas que ninguna.

ROB. Es militar... acaso Eugenio...

LUISA. Lo habeis adivinado, pero ya que sabeis su nombre, no pretendais saber mas de mis infaustos amores.

ROB Acaso has sabido que es en el dia capitan el que solo era alferez cuando tu hermano se hallaba en su regimiento y su ascenso y la altura á que se ha colocado te desanima; ¡qué boberia! la hija de un veterano valiente como tu padre, puede partir su lecho con cualquier hombre de bien, sea cual fuere su clase; ademas que todo militar es fiel y honrado.

LUISA. ¡Oh! plugiera al cielo que lo fuese!

ROB. Que has dicho Luisa? ¡Oh que sospecha! ahora ya es preciso que yo aclare ese misterio.

LUISA. Oh, no por piedad!

ROB. Si, preciso, preciso, inevitable; ya no es el padre que te lo suplica, es el juez que te lo manda y es forzoso obedecer.

LUISA. Vos lo quereis... el cielo me ayude.

ROB. Sí, acaba, la impaciencia me ahoga.

LUISA. Sabeis que Eugenio venia algunas veces á casa con Pablo, que era tanta su amistad que nunca se separaban.

ROB. Bien, prosigue, no respiro.

LUISA. Ese jóven me vio y me amó ó por lo menos me lo decia; yo que no conocia esa fatal pasion, escuché atónita sus voces dulces y halagüeñas, empezó por decirme que era muy hermosa, que me amaria eternamente, y con-

siguió que lo amara, ¡oh Dios mio! mas de lo que debia.

Rob. Mas de lo que debias. Oh infamia... y despues?

Luisa. Me abandonó; tal vez me desprecia y yo le adoro.

Rob. Oh desgraciada muger; mas criminal que desgraciada! te sedujo has dicho y no pensaste que ese hombre no queria mas que aspirar la fragancia de una flor que despues de marchita habia de arrojar al rostro de un infeliz padre para llenarlo de amargura, para deshonrarlo por una eternidad? no pensaste que infamabas el nombre de un hombre que murió por conservarle intacto? no pensaste que tendrias que huir las miradas de todo el mundo porque arrastras en pos de tí el desprecio y la deshonra?

Luisa. Padre mio!

Rob. Y yo que la creia pura, inocente, como la cándida paloma, yo que la proponia por modelo del honor de las mugeres, yo que al verla tan hermosa me envanecia, me llenaba de orgullo por decir esa es mi obra ¡Oh desgracia, desgracia! Anda ve y oculta tu culpable frente de la vista del mundo; y el silencio y la soledad sepulten la muger débil que no supo resistir la seduccion de un hombre. Tu presencia me irrita, húyeme, húyeme para siempre.

Luisa. Que desgraciada soy!

ESCENA IX.

ROBERTO.

¡Oh ya veo la sombra del honrado Santival, vagar siempre en torno mio demandándome la pureza de su hija. El me la entregó como un rayo del sol sin que nadie la mancillara, y yo despues de haber sacrificado por ella tantos años, tendré que decirle yo no velé cuanto debia, yo no vi lo que debia, yo me descuidé como no debia, y tu cerrarás los brazos y me dirás eres un mal amigo, y el mundo entero que la cree mi hija me escupirá de desprecio ó me mirará con compasion. Oh! toda una vida de afanes por conservar el honor y al cabo de la vida cuando ya se espera descansar verse angustiado... sin honra. ¿Y porqué? porque un hombre quiso solazarse un rato de ociosidad, porque una muger creyó que era hermosa y no supo desentrañar el senti-

do de una palabra... Pero ella, la pobre Luisa es mas desgraciada que culpable, y yo la he castigado mas de lo que debia; no, harta culpa tiene, es indigna de su hermano y de mi; en cuanto á Eugenio, ¡oh! no se gozará impunemente con su infamia, yo lo juro.

ESCENA X.

ROBERTO, PABLO.

PAB. Padre mio!

ROB. Pablo! deja que te estreche cien veces contra mi corazon ¡qué guapo! ¡qué valiente! ¡si, ya sabemos aqui que lo eres, que eres uno de los que han de presentar hov al primer Cónsul una de las banderas que habeis tomado. Como te envidio, valiente hijo!

PAB. La suerte y la justicia de nuestra causa nos protejió; los hijos del pueblo peleamos por el pueblo.

ROB. Y mucho os tiene que agradecer: y vamos, ¿has adelantando mucho en la carrera de las armas?

PAB. Recuerdo vuestras lecciones y que soy el hijo de un veterano.

ROB. ¡Oh! siempre; piénsalo siempre, y serás valiente.

PAB. Y mi hermana?

ROB. ¡Oh! Luisa! Luisa!

PAB. Padre mio! esa confusion, esa desesperacion, esa lágrima que acaba de asomar á vuestra mejilla me anuncian una triste nueva... acabad mi incertidumbre, decidme de una vez lo que la ha sucedido.

ROB. No quieras saberlo.

PAB. ¡Oh! por qué no, padre mio? no me mateis con este tropel de dudas; el que ha visto sin inmutarse el rostro del enemigo...

ROB. No puede luchar frente á frente con una desgracia como la que nos agobia.

PAB. Creedme, yo tendré valor pero libradme de esta penosa agonía... ha muerto?

ROB. Ojala!

ESCENA XI.

Dichos, LUISA.

LUISA. Pablo!

PAB. Hermana mia!

ROB. Oh! no la abraces, no la abraces... apártala

de ti como una bebida emponzoñada! su aliento te corrompe.

LUISA. Padre mio!

PAB. Acabad! acabad!

ROB. Que sus ojos no vean jàmas la luz del Sol, abandónala, olvídala para siempre.

PAB. ¡Abandonarla! olvidarla para siempre! yo que la amo tanto! y por que...

ROB. Por que...

LUISA. Perdon, hermano mio. (*Cayendo de rodillas.*)

PAB. Oh! todo lo comprendo.

(*Cae abismado en el sillon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion que el acto anterior.

ESCENA I.

PABLO, *aparece sentado.*

Es verdad! Es verdad! Luisa... mi hermana.... la hija de un valiente deshonrada, ese espejo de pureza y de candor, empañado por el ponzoñoso aliento de la infamia! no, no es posible! es mentira, es un sueño... pero un sueño horroroso del que temo despertar: y sin embargo... si... quisiera averiguar hasta que punto es cierta mi deshonra, porque mi alma padece horriblemente.. porque mi corazon se encuentra agitado por las ideas mas espantosas, porque el sentimiento me ahoga, y necesito un consuelo, un alivio para tanto padecer... sí, necesito llorar... llora corazon mio, llora y no te avergueuces de que tus lágrimas bañen el rostro del que cien y cien veces ha visto la muerte á su lado y jamás ha sabido temerla, de un soldado que ofreceria gustoso su vida en los altares de la patria, pero de un hermano tambien que sacrificaria su existencia para volvér el honor á un padre desgraciado, á una hermana á quien adora, á un angel del cielo seducido... seducido no hay duda, porque es imposib'e en tan cortos años creer... seducida... y por quién? Ah! no lo sé y este pensamiento, este deseo de conocer al autor de mi deshonra, me dá fuerzas para soportar con valor todo el peso de mi desgracia. ¡Infame! introducirse bajo el humilde techo, templo de la inocencia y de la probidad, y arrebatar al anciano... à la infeliz doncella, la única ri-

queza con que aliviaban su miseria... la honradez de sus costumbres... la pureza de su corazon! ¡Oh Dios mio! ¡Dios mio!.. si esto es un sueño haced que despierte de él, pero sino dadme sufrimiento para sobrellevar mi infortunio. (*Volviendo la vista y viendo á Roberto.*)

ESCENA II.

PABLO *y* ROBERTO.

Sois vos padre mio?.. (*Yendo hácia Roberto y tendiéndole los brazos.*)

ROB. Tiéndeme tus brazos, hijo, tiéndemelos, porque ya no tiene mi desventurada vejez donde apoyarlos sin avergonzarse.

PAB. Padre...

ROB. Hubo un tiempo para mi de placer y de consuelo, en que fundaba mis esperanzas, todo mi porvenir. . la gloria de mi vida, en dos ricas joyas que tu anciano padre dejó confiadas á mi cuidado. Llegará un dia, decia yo, en que retirado del estruendo de la guerra, y agobiado mi cuerpo por el peso de los años, acabaré los cortos dias que me resten de vida en el seno de mis dos hijos. Inútil para el trabajo, inútil á mi pátria, la vida me hubiera sido una carga pesada, á no haber tenido la esperanza de que el cariño de mi Luisa, y tu probidad, me la harian soportable, y quise consagrar mi existencia entera al cumplimiento de un deber sagrado, que me impuse á la cabecera del lecho de un moribundo... Pero ya nada tengo que esperar. De que me sirve tener el cuerpo cubierto de honrosas cicatrices, haber arrastrado una vida pura y sin mancha, cuando todo lo he perdido en un instante? Esta desnuda cabeza, esta arrugada frente que en otro tiempo hubiera levantado con orgullo, hoy tengo que humillarla al suelo, para que en ella no se vea impreso el anatema del deshonor Si, Pablo mio, si... emplearás toda tu vida en defender á tu pátria, á tu segunda madre, sabrás hacerte superior á todos los trabajos, á todas las privaciones que trae consigo la vida de un valiente; cien veces la victoria adornará tu frente de sagrado laurel y grabará tu nombre con letras de oro en el templo de la inmortalidad. Y sin embargo, un ligero soplo, una

pequeña falta, la mas imperceptible mancha en tu honor, le empañará, y una vez empañado jamás puede recobrar su antiguo esplendor.

PAB. Pero puede lavarse con sangre. Mi padre al morir no me dejó mas herencia que un nombre puro y sin tacha, y yo he de legar este mismo nombre á la posteridad... Buscaré al seductor, le insultaré, le llamaré cobarde, le escupiré en el rostro, y... nos batirémos. ¿No es verdad padre mio? Decid, ¿no es verdad que por muy cobarde que sea se batirá conmigo? Porque el debe batirse... por que sino... le asesinaré... le atravesaré aquel inicuo corazon, y en el le abriré cien puertas por donde salga su infame vida... bien que con una sola tiene bastante una alma tan miserable... Y en seguida publicaré á voces su delito y legaré su nombre á la execracion pública como un padron de infamia y de bajeza.

ROB. Pablo... hijo mio! Bien haya tu boca... eres digno de llevar con orgullo el nombre de soldado y de francès. La vida es nada sin el honor... y el honor es la existencia de un soldado.

PAB. Venganza.

ROB. Venganza! sí, venganza contra el infame!

PAB. Decidme su nombre.

ROB. Y si fuese un camarada tuyo?

PAB. Un camarada? un soldado francés?

ROB. Soldado francés en el nombre, mas no en el corazon.

PAB. Bien, no importa.

ROB. Y si fuese uno de tus superiores...

PAB. Oh! acabad! su nombre.. quiero saber su nombre. (*Con impaciencia y furor.*)

ROB. Se llama el capitan Eugenio de Savigni.

PAB. Maldicion! Eugenio decís! Eugenio? Ah! decidme que no es él, decidme otro nombre... el de otros mil... decidme. . ó mas bien no me digais nada.. dejadme, nada quiero saber. (*Se deja caer en el sillon.*)

ROB. Esa palidez.. esa turbacion... temes acaso.

PAB. Justicia de Dios! Yo temer? yo?

ROB. Entonces...

PAB. Ah, no sabeis?.. (*Fuera de sí.*)

ROB. Que...

PAB. Decid, si la existencia que aborrezco en este instante la debiese á un amigo intimo, á un compañero de armas, si este me hubiera sal-

vado esponiendo su vida... presentando su pecho indefenso al fuego enemigo... si al verme bañado en mi propia sangre.. exhalando casi el postrimer suspiro, en lo mas peligroso de una accion me hubiera cogido en sus brazos, vendado mis heridas, y restañado mi sangre.. si me hubiera conservado una vida que debo consagrar á la Francia, y á Napoleon...

ROB. Bravo! Ese es un esforzado camarada, y tu vida entera debes dedicarla á su servicio, esa es la obligacion de un valiente.

PAB. Pues bien, ese hombre generoso... ese hombre esforzado... ese valiente camarada...

ROB. Que...

PAB. Es... el capitan Eugenio.

ROB. Es verdad? (*Sorprendido.*)

PAB. Si; harto cierto por mi desgracia. Que debo hacer Dios mio! Qué partido tomar? El honor ultrajado me llama por una parte, la gratitud por otra, la gratitud es hija del honor, y el honor me manda verter la sangre del hombre à quien debo mi existencia.

ROB No, la sangre de un seductor... de un infame, que en vez de empuñar las armas que la patria le habia confiado para defender la libertad é independencia de su país, para ser el apoyo de la tierna madre, del desvalido anciano; sedujo á la infeliz doncella que al pie de los altares formaba ardientes votos por él.

PAB. Dios mio, qué he de hacer?

ROB. Y lo dudas?... Buscar al que ha mancillado el honor de tu nombre .. desafiarle... y batirte con él. Pablo! Pablo!.. el honor primero que la gratitud.

PAB. Gratitud! Honor!! Palabras malditas! vínculos sagrados que me ligan en este momento, y me obligan á desoir esta voz poderosa que me grita en lo mas profundo de mi corazon...

ROB. Venga el honor de tu padre y de tu hermana.

PAB. Mi padre.. mi hermana .. Ah si, si, teneis razon; solo un espíritu débil y apocado puede retroceder delante de los obstàculos que la sociedad ha inventado para contener à los hombres en el estrecho círculo de la ley. Padre mio, recibe el juramento que te hago de cobrar el honor de nuestro nombre, ó morir en la demanda.

ROB. Muy bien, Pablo, muy bien. Ahora reconoz-

co en tí la sangre de un valiente camarada. Santival! Santival!. Tu que lées en el fondo de mi corazon mi dolor y mi amargura, tiende tu mano paternal, y derrama á manos llenas tus bendiciones sobre tu querido hijo, sobre este valiente soldado, gloria del ejército francés.

Pab. Silencio! aquí viene mi hermana.

ESCENA III.

Dichos, *y* LUISA. (*Sale por la puerta de la derecha sin reparar en los dos.*)

Luisa. Donde me ocultaré? donde podré consumir mi triste existencia entregada al llanto, y al dolor?. Ah! que el dolor ha secado mis párpados, y agotado las lagrimas de mis ojos.. y mi corazon... mi corazon le ama todavia. Perdon, Dios mio; Dios de bondad, apiadaos de mi: si he cometido una falta harto la he espiado... He llorado tanto. ¡Ah! No habrá un sitio por recóndito que sea donde no me persigan las miradas de un padre, que me aterran, y cuya vista me hace comprender toda la estension de las obligaciones que tan presto olvidé. La virtud ultrajada me grita fuertemente en lo mas profundo de mi alma, y su voz poderosa lucha en vano con esta funesta pasion, que ha sido mayor que todas mis convicciones, que todos mis sentimientos... Aquí están... su presencia me recuerda mi desgracia y la infamia de que los he cubierto. (*Vá á retirarse.*)

Rob. Donde vás? (*Con dolor y reconvencion.*)

Luisa. Querido padre! Pablo! hermano mio!

Pab. Compadeceos de ella. (*A Roberto.*)

Rob. (*Sentándose.*) Que tristes recuerdos ha traido consigo la aurora de este dia en otro tiempo de gloria y de felicidad para mi!. Hoy cumples 19 años (*á Luisa.*) y hoy tengo yo que cumplir con un deber sagrado que me impone el honor y la amistad! Luisa, tu padre al tiempo de espirar, te confió á mi cuidado, encargándome te entregara este pliego cerrado, el dia en que cumplieras 19 años. Ya no me pertenece; ahora es tuyo, toma, y lee. (*Se le dá Luisa lo toma llorando y abre el pliego que contendrá una carta, y otro papel.*)

LUISA. »(*Lee.*) Querida Luisa: cuando esta carta lle»gue á tus manos, acaso no conservarás ni »un débil recuerdo de este pobre soldado. Há »llegado el dia en que sepas el misterio de tu »nacimiento. Yo no soy tu padre... (*Movimien»to general de sorpresa.*) El dia 14 de mayo »de 1782 marchaba mi regimiento de guarni»cion á Córcega; al llegar á la aldea de Bourg»neuf una pobre muger te teniaen sus brazos, »en tanto que su esposo, y otros aldeanos »conducian en hombros el cadáver de tu ma»dre que habia llegado exànime á aquella ca»sa el dia anterior, y que espiró á los pocos »momentos en fuerza del cansancio y la fati»ga. Ninguna señal, ninguna noticia pude ad»quirir acerca de tu nacimiento mas que un »papel que hallaron en el seno de tu madre »y que recibirás al mismo tiempo que esta »carta.

PAB. Solo un papel?

LUISA. »Viéndote huérfana tan pequeña, me compa»decí de tí, y entregué á aquella pobre mu»ger el poco dinero que tenia, con órden de que »te criase; te adopté por hija y te puse mi »apellido. El cielo no ha querido prolongar los »dias de mi vida para acabar la obra que ha»bia comenzado. Te dejo encomendada á un »valiente camarada, que te servirá de padre, »y á mi querido hijo Pablo, que velará por tí co»mo un hermano. Hasta ahora no he querido »confiarte este secreto, porque si lo que no »espero, te abandonan Roberto ó Pablo, al sa»ber que no eres mi hija, puedas existir sin »necesitar su apoyo. A Dios, hija mia... solo te pido que si alguna vez encuentras al autor de tus »dias le cuentes lo que por ti he hecho y con»sagres una lágrima .. una sola lágrima á la me»moria de este infeliz anciano, que nada pue»de dejarte mas que un apellido sin tacha, y »que jamas ha mancillado. Consérvale puro... y »recibe... Luisa mi bendicion.

ROB. Dios haya recogido tu alma. (*Limpiandose una lágrima.*)

LUISA Y PABLO. Padre mio! (*Arrodillados.*)

ROB. Pero ese papel, ese papel á ver. (*Durante la lectura ha estado con la mayor impaciencia.*)

LUISA. Tiene dentro un lazo tricolor, bordado.

ROB. Un lazo tricolor. (*Conmovido é impaciente.*)

LUISA. Y dos letras.

ROB. Dos letras? á ver? *(Le arrebata de las manos de Luisa:)* sí; este es, le conozco.

LUISA Y PABLO. Cómo?

ROB. Este es el lazo que mi Enriqueta me bordó el dia de mi alistamiento.

LUISA. Es posible?

ROB. Y las dos letras una R y una E Roberto y Enriqueta... si... si... no hay duda.

LUISA. Entonces.. yo.. seré...

ROB. Hija mia!

LUISA. Padre mio! *(Abrazándose.)*

ROB. Hija mia! hija de mi alma!

PAB. Su hija? *(Ap. y conmovido de alegria.)*

ROB. Qué hermosa está! *(Tocándola la cabeza con las manos.)* Dios mio, Dios mio, ya puedo morir pues he tenido el consuelo de abrazar una vez á la hija de mis entrañas!.. Insensato! que digo? No, no, dejadme vivir, dejadme verla para recrearme en su vista .. para gozarme en ella,... para estrecharla mil veces en mi seno... Es tan hermosa!!

LUISA. Padre mio... Padre mio. *(Llorando)*

ROB. Si, hija mia, llámame tu padre, tu querido padre, y yo te llamaré siempre mi hija... mi adorada hija.... Es tan dulce este nombre... ven Pablo. . mírala, mírala... es un ángel... no es verdad?

PAB. Si, Padre... *(Vacilante.)*

ROB. ¿Cómo es eso, te pones tu triste ahora... por vida... que tienes? Quieres darme ahora alguna pesadumbre?

PAB. No me atrevia á llamaros. .

ROB. Como no? voto á un cañon! Tu eres mi hijo... el hijo de un valiente, de un hermano de armas, que te dejó encargado á mi, y á quien debo el haber hallado á mi hija,.. y estasiarme con su vista, y enloquecer de amor y de alegria. Oh! hoy es el dia mas feliz de mi vida: no tuve tanto orgullo cuando en Millesimo destrozamos á los austriacos despues de pasar el Bormida con el agua á la cintura.. Que es eso. *(Se oye un redoble.)*

PAB. Llamada para órden... voy á reunirme á mi compañia... pronto volveré... A Dios Luisa.

ROB. Si, Pablo, la obligacion es lo primero. A Dios granadero.

ESCENA IV.

ROBERTO Y LUISA.

ROB. Y bien, Luisa, no abrazas á tu padre? ¡Que horas tan felices vamos á pasar! Que dia tan claro. ¿No te parece que el sol luce hoy con mas brillantez? ¿No te parece mas transparente el hermoso azul de los cielos? ¿Qué me queda ya que desear? Nada, Dios mio, nada. Dificilmente podria soportar el alma otra vez tanta ventura. He vuelto á ver á mi querido Pablo, tan honrado... tan valiente como se marchó, y he recobrado una hija que he llorado por muerta hace 19 años... Me siento tan conmovido!.. Ahora créo que la alegria puede matar lo mismo que el dolor! Ah... Enriqueta... Enriqueta... (*Enternecido.*) Vaya, dejemos estos recuerdos y no pensemos...

LUISA. Que... padre mio... podreis olvidar... sereis tan generoso...

ROB. (*Cayendo en el sillon tapándose la cara con las manos.*) ¡Oh! que has pronunciado infeliz! Has emponzoñado con una sola palabra toda mi felicidad! .. Dios mio... en que ha podido ofenderte este infeliz? .. Qué delito ha cometido que merezca ser castigado tan cruelmente?...

LUISA. (*Llorando*) Conozco toda la estension de vuestro dolor y el peso de mi desgracia. Os he hecho infeliz, y este pensamiento es un contínuo torcedor que me ahoga... que no me deja reposar un solo instante... Dejadme abandonada á mis remordimientos, dejad que las pocas lágrimas que me quedan que derramar salgan de mi corazon... ¡Ah! no me rechaceis, tened piedad de una hija desgraciada... Bien, yo huiré lejos de estos sitios, y mi vista no os recordará la negra mancha que he dejado caer en vuestro honor... pero de aquí á mucho tiempo... cuando algun dia el curso de los años marchite mi rostro... y los pesares hayan surcado mi frente con hondas arrugas,... cuando con el mas sincero arrepentimiento haya espiado mi culpa, y veais á vuestra hija arrojarse á los pies de su padre implorando vuestra gracia... la perdonareis? ¡Ah! no volvais la vista... dirigid al menos una mirada... una sola mirada de amor á esta desventurada,... y que sea la última.

ROB. Ingrata!... Separarte de mí! abandonarme! ¿qué te he hecho yo? quieres hacerme eternamente in-

feliz... no.. tu no lo quieres... ven, ven á mis brazos, á los brazos de un padre que te adora.

LUISA. Ah! que bueno sois! dejadme que bese vuestros pies... yo estaré siempre á vuestro lado, y cuando la muerte apresure el término de mis dias recibireis en vuestros brazos mi postrer á Dios .. recojeréis en vuestros labios mi último suspiro, y dejaréis caer una flor marchita como mi ventura, sobre la fria losa de mi sepulcro.

ROB. (*Conmovido.*) Basta, Luisa, no hablemos de eso... olvidémoslo todo... Pensemos en el vil autor de tu deshonra.

LUISA. Ah! no me recordeis su nombre... solo sirve para traerme á la memoria la falta que cometí... Y á pesar de su ingratitud... le amo todavia.

ROB. Le amas?..

LUISA. Si padre mio, emponzoñó mi juventud con su aliento corruptor... sus palabras seductoras cautivaron mi corazon, y logró hacerse el único dueño de él. Yo le creí porque juzgué que el amor no sabia engañar... es el lenguage de los ángeles, es la existencia de dos almas que se comprenden...

ROB. Luisa!

LUISA. No, padre mio, no; vuestro amor antes que todo... todo para vos, nada para mí.

ROB. Pobre hija mia! (*Aparte despues de un momento de reflexion.*) Luisa... retírate... deseo estar solo por un momento... Qué quieres?

LUISA. Vuestra mano.

ROB. Y mis brazos... A dios, adios.

(*La acompaña hasta la puerta*)

ESCENA V.

ROBERTO, *solo.*

La prenda de mi corazon! Ha padecido tanto... pero ahora me toca á mí... Yo la devolveré el honor... ó moriré... No me abandonarán las fuerzas. Buscaré al capitan Eugenio, y le pediré cuenta del honor de mi hija... de mi querida hija. Asi se juega, le diré, con la reputacion de una familia entera? No reflexionásteis que ibais á acibarar los últimos dias de este pobre viejo, á cubrirle de oprobio y de verguenza, y á eclipsar los dias de gloria de su juventud, robándole su mas rico tesoro, la joya mas preciosa que tenia... el corazon de una hija! Dónde

está ese corazon? qué habeis hecho de él? Le habeis engañado,... habeis abusado de su candor,... le habeis seducido!.. Ah! sois un infame y un cobarde, me teneis que devolver mi honor: y me lo devolverá, no hay duda: todavia mis manos pueden sostener una espada y parece que hoy me siento con mas fuerzas... voto á brios! se me desvanece la vista, y la mano me tiembla... Qué es eso, tienes miedo? ¡Ah! te cortaria si supiese que habias de faltarme al tiempo de blandir mi sable. Si le mato castigaré su infamia,... pero el honor de mi hija.. no, es preciso que se case con ella. Escribiré á mi general, y cuando vea la letra de Roberto, de un compañero de armas, me hará justicia y añadirá este nuevo favor á los muchos que me tiene concedidos, y una hoja más á su inmarcesible corona.

(*Se sienta a escribir con la mayor agitacion.*)

ESCENA VI.

ROBERTO y LALA, (*entra por el fondo, sin reparar en Roberto.*

Lala. Em.. Em.. Pues señor.. ya me figuraba yo lo que iba á suceder... no podia menos de esperarse del ciudadano cónsul una cosa semejante, y mi talento á quien nada se le resiste previó que con efecto era necesario tomar una determinacion asi... pronta y decisiva... ¡Oh la disciplina en el ejército!... Esto se llama premiar y castigar... Ahora es seguro mi ascenso... segurísimo, y me casaré, y tendré una muger bonita... Diantre de muchacha!.... Mire Vd. que es aprension, quererme... y obstinarse en negarlo, pero no importa...ella estará en sus trece y yo en mis catorce... Y ello es preciso casarse.. por que al fin todo viene á ser un ramo de industria.. una especulacion mercantil como otra cualquiera. Ola! aqui Roberto! solo! y está escribiendo . Lo hubiera adivinado.

Rob Ya está. »Ciudadano Cónsul: acabais de re»gresar á Francia cubierto de laureles, y con »vos la esperanza de recobrar mi honor.— »Me retiré despues de la batalla de Lodi, por »que de resultas de la herida que recibí en »el brazo, este faltó á la disciplina, y se ne»gó enteramente al trabajo. El dia que recibí

»mi licencia y fuí á despedirme de vos, me »dijísteis poniéndome la mano en el hombro. «A Dios Roberto; Bonaparte se acordará siempre »de ti. Escuso contaros las acciones en que me »he portado como un republicano, porque vos »las sabeis mejor que yo Sin embargo, si á pe»sar del tiempo que ha transcurrido os acor»dais todavia del granadero Roberto, que tan»tas veces ha derramado su sangre á vuestro »lado, permitid que distraiga vuestra aten»cion.=Tengo una hija hermosa como un an»gel, y está deshonrada; el seductor es el »capitan Eugenio Savigni; la vida sin el honor »no la quiero mi general. Todo lo debo es»perar de vos, y confio mi honor en vues»tras manos seguro de que no dasatendereis á »un soldado que tan bien ha servido á la re»pública.=Salud y gloria.» Esto es Bonaparte se acordará de mi, y me hará justicia.. Ah! vos aquí? (*Reparando en Lalá.*)

LALA. Si, ciudadano Roberto; hubiera adivinado que ibais á hacerme esa pregunta.. Qué es eso? Qué teneis? Os sentís malo?

ROB. No.

LALA. Quereis alguna cosa?

ROB. No, nada; se casará con él, y su reputacion será pura como lo es el honor de su padre.

LALA. Ola! bueno. (*Ap.*) Me atreveria á apostar àque adivino lo que estais pensando ..

ROB. Vos? (*Sorprendido.*)

LALA. Yo.. (*Con aire de confianza.*)

ROB. Cómo? (*Con inquietud.*)

LALA. Uf! soy yo muy lince.. Vi á Luisa.. ya lo sabeis, la hablé y me lo confesó todo.

ROB. Es posible?

LALA. Si, ciudadano Roberto.

ROB. Y os ha dicho...

LALA. Todo, ciudadano Roberto.

ROB. Pero...

LALA. Cuando os digo que todo! cuando os digo que nada se escapa a mi penetracion! La tristeza de la chica, no atreverse á levantar los ojos delante de mi. (*Con importancia y misterio.*)

ROB. Que vergüenza! (*Ap.*)

LALA. La alteracion de vuestro semblante.. la agitacion con que estabais escribiendo cuando entré. y luego algunas palabrillas que se os han escapado.

Rob. A mi? Cuando?... (*Con la mayor agitacion.*)

Lala. Ahora. en este instante; se casara con el... habeis dicho... esto no lo podeis negar; en una palabra, hubiera adivinado que Luisa está ..

Rob ¡Oh callad.. callad! (*Tapándole la boca con las manos.*)

Lala. Callar? y por qué? todo al contrario. Intimamente convencido en el fondo de mi corazon, de que era verdad cuanto Luisa me habia dicho, se lo he revelado..

Rob. Cielos!. ¿A quién?

Lala. Al ciudadano Perrin, y á la ciudadana Antonia su muger, fabricantes de cerveza en la calle de san Honorato; oh no temais! cuando os digo que es el único medio de que llegue á noticiá de todo Paris-..

Rob. De todo Paris?

Lala Es decir... precisamente de todo Paris no... pero si de los que van alli á beber.

Rob Dios mio! solo esto faltaba para complemento de mi desgracia.

Lala. Ciudadano Roberto, parece que no os ha gustado mucho lo que acabo de deciros, hubiera adivinado que iba á cometer esta indiscrecion, pero no tengais cuidado que no saben el dia de nuestro casamiento.

Rob. Como? Qué decis? De vuestro casamiento? (*Con viveza.*)

Lala. Ahora salimos con eso? Pues de que os estoy hablando hace mas de dos horas.. Bien decia yo, si...

Rob. (*Respiro*) Os aseguro amigo Lalá, que no esperaba...

Lala. Ya se lo que me vais à decir, que estabais ignorante de todo, que nada presumiais.. que nada adivinabais... que nada os decia vuestro corazon... pero yo, yo que amo con todo el ardor de la juventud, y siento latir mi pecho... Oh! à mi no se me escapa nada.. En cuanto vi á Luisa conocí que la amaba... amándola, era preciso que me casase con ella.. casándome con ella, haré su felicidad.. siendo feliz vuestra hija, os cuidará mucho; cuidandoos mucho llegareis á ser... viejo, muy viejo, y llegando á viejo.

Rob. Qué?

Lala. Hombre... en llegando à viejo ..

ROB. Me moriré.
LALA. Eso es.. precisamente... hubiera adivinado....
ROB. Amigo Lalá, dejad para otra ocasion vuestro afan de adivinar, y decidme.....
LALA. Precisamente á eso venia... ¡Qué disciplina! ¡qué rigor!
ROB. Amigo Lalá, me quereis escuchar?
LALA. Al instante, ciudadano padre, pero dejadme al menos por ahora el uso de la palabra, ya que vos la teneis siempre. Hubiera adivinado, que deseais saber el motivo porque vá á ser pasado por las armas...
ROB. Quién?
LALA. Pues que... lo ignorábais? vaya.... pues si se ha dado hasta por órden... un amigo vuestro...
ROB. Un amigo?..
LALA. Si... un amigo, á quien apreciabais demasiado para no sentir su muerte.
ROB. Pero quien es? *(impaciente.)*
LALA. El capitan Eugenio de Savigni.
ROB. Eugenio! Como! por que?
LALA. Os lo diré; el ciudadano cónsul habia espedido las órdenes mas severas sobre los desafios; durante la batalla de Marengo, Eugenio que defendia un puesto avanzado, tuvo un altercado con otro gefe de su misma compañía, y separados un corto trecho de las filas se batieron cayendo el segundo atravesado de una estocada...
ROB. Oh!
LALA. El ciudadano cónsul que ha depuesto al general Duvigneau por no haberse hallado en la accion con su brigada de caballeria, ha sentenciado al capitan Eugenio á ser deshonorado al frente de sus banderas, y mañana pasado por las armas!
ROB. Dios mio! Dios mio!
LALA. Lo hubiera adivinado... el sentimiento... le queria tanto!...
ROB. Y mi hija quedará deshonrada... Ah! por qué no me fué dado morir en lugar tuyo, mi querido Santival?.. Huiré lejos del mundo, y este uniforme, este querido uniforme, que no vuelva á ver la luz... porque él es honrado... y en medio del dia le alumbrará el sol de la infamia y del desprecio! Lejos de mi estas cruces con tanta gloria y à costa de tanta sangre adquiridas! (*Se arranca una cinta.*) Mas os valiera estar holladas por los pies de los austriacos. ¡Oh! qué digo? Estas condecoraciones

me las ha concedido el primer cónsul... las colocó el mismo Bonaparte en mi pecho al frente de mis banderas!... Bonaparte las ha tocado... y yo quiero arrojarlas? (*Besa la cinta*) Detente, Roberto, detente, y no profanes una insignia que han tocado las manos del vencedor de Lodi y de Marengo...

Lala. Pero Roberto... amigo Roberto. .que teneis? (Que bueno fuera que con la alegria de ver á su hija tan bien acomodada. Que ojos!... Estaria gracioso un loco en la familia...) Pero donde vais?

Rob. No sé... dejadme.

Lala. Pero ...

Rob. El primer cónsul debe pasar revista á las tropas; quiero verle.. arrojarme à sus pies... y... las fuerzas me faltan... ¡Ha sufrido tanto mi corazon! Apenas puedo tenerme en pie... imposible... imposible dar un solo paso... (*Cae en el sillon*)

Lala. (*Reparando en la carta que está sobre la mesa.*) No os aflijais por eso... Quereis hacer que llegue esta carta á manos del ciudadano cónsul... eh? Lo hubiera adivinado... Pues señor, nada mas fácil... aqui me teneis á mi lijero como un gamo. En dos saltos estoy en la plaza, recorro la línea, veo al general, me quito el sombrero y con la mano en la frente, le digo... Ciudadano cónsul, tomad. El me dirá. Y bien? y yo le responderé.» El anciano Roberto Lardai, antiguo soldado del ejército, os suplica leais ese papel; queria venir á veros, pero su edad y sus achaques no se lo han permitido. Cuarto de conversion; quiero atravesar por medio del gentio, este como superior en fuerzas me rechaza; me pisa el caballo de un ayudante, ó un honrado vecino de Paris con sus enormes zapatos, para mi es lo mismo: me quejo, vuelvo la cabeza para llamarle bruto, se lo llamo... ó no se lo llamo, me devuelve el saludo, le replico, me contesta, le lanzo una mirada de desprecio, y me retiro en medio de los aplausos de la multitud. Con que vaya, dadme ese papel... y...

Rob. Gracias amigo Lalá... tomad, y que llegue sin dilacion á manos del primer cónsul.

Lala. Esto ya me lo figuraba yo. (*Al salir tropieza con Pablo, que entra en el mayor desórden.*)

ESCENA VII.

ROBERTO Y PABLO.

ROB. Pablo!

PAB. Padre... no sabeis... Eugenio....

ROB. Si ya lo sé, hijo mio! Ya sé que no hay consuelo en el mundo para un desgraciado!.. Nuestra deshonra será eterna.

PAB. El consejo le ha sentenciado, y no hay apelacion... se ha dado por órden á todas las compañías... yo no sé lo que sentí. Mil pensamientos agitaban mi alma... me parecia que era un sueño cuanto por mi pasaba... Mi padre... vos... Luisa, Eugenio... todo se agolpaba á mi mente, cuando un rayo de luz, vino á iluminar mi casi estraviada razon... Enagenado, fuera de mi, pido licencia á mis superiores para volver à veros un momento... me la conceden... y vengo ahora para deciros; no os aflijais, padre mio... Pablo os devolverá el honor de vuestra hija.

ROB. Es posible?...

PAB. El general ha jurado concederme una gracia; le pediré la vida de Eugenio.

ROB. Tú?

PAB. Si, padre mio... ya sabreis lo demas. El me arrancó de manos de la muerte... yo le salvaré la vida!.. nada le deberé, y el hijo de Santival os devolverá á un mismo tiempo el honor á vos, y à vuestra hija.

ROB. Gracias, Pablo, gracias.

PAB. Pero estais tan conmovido... necesitais descansar.

ROB. No, me siento bien, quiero ver (*se levanta*) á mi antiguo general.

PAB. Todavia tardará algun tiempo; la música y los vivas os avisarán... venid, apoyaos en mi. (*Vase Roberto apoyado en el brazo de Pablo.*)

ESCENA VIII.

PABLO *solo.*

El general tiene que otorgarme una gracia!... le pediré la vida de Eugenio, y cuando ya esté en libertad... cuando mi indignacion no deba contenerse dentro de los límites del agradecimiento, le diré: Eugenio de Savigni, estamos pa-

gados... Tu vida por el honor de mi Luisa... de la que ya no es mi hermana, pero á quien amo con el delirio de un amante. Y cuando la muerte haya sido el premio de su infamia, volveré à Roberto y le diré: »Mi padre me dejó encomendado à vos; me habeis cuidado, me habeis educado bajo los severos principios del honor y la virtud, y hasta ahora no he podido corresponderos: una ocasion se os presenta de hacerme eternamente feliz, y á mi de pagaros en algun modo vuestros beneficios. Si me quereis todavia, si me profesais el mismo cariño que antes, concededme la mano de la que crei mi hermana, y con ella el título de hijo vuestro, y os juro que Luisa jamas tendrá que arrepentirse de llevar el apellido de Santival»... porque la amo... la amo con delirio, y solo la ternura del cariño fraternal pudo en alguna manera templar el fuego que abrasaba mi corazon. Yo la amaba... y sentia mi pecho un placer inesplicable en estar á su lado, en verla, en contemplar su hermosura;... yo me anticipaba à sus mas leves deseos... me ofendia todo cuanto á ella le disgustaba... amaba lo que ella queria... y el mas tierno afecto unia mi alma á la suya...: ¡Cómo me lo decia el corazon! Cuantas veces al ver á Eugenio al lado de Luisa, me pareció que una nube envolvia todo cuanto pasaba en mi alrededor... y una palabra, una sola mirada que le dirijiese, creia que á mi me la robaba, y con ella un siglo de felicidad... y yo insensato de mi juzgaba que esta pasion era de un hermano .. tierna y pura como el amor de un niño! Pero ahora nada se opone á mis deseos: puedo labrar mi ventura y la felicidad de dos séres desgraciados...

ESCENA IX.

PABLO, LUISA.

PAB. Luisa! (*yendo hácia ella.*)

LUISA. Pablo! . hermano mio... consentirás que te dé todavia este nombre?

PAB. Sí, llámame tu hermano, tu mejor amigo... no hemos sido hermanos toda la vida?

LUISA. Es verdad... nos hemos amado tanto!.. hemos sido tan dichosos!..

PAB. Y lo seremos en adelante.

LUISA. Lo crees así?

PAB. Lo espero; á mi lado, al lado de tu padre, y libre para siempre del autor de tu desgracia...

LUISA. Eugenio?...

PAB. Las leyes de la milicia van á castigarle con el mas severo rigor. Una falta cometida en la última accion, le ha conducido ante el consejo de guerra, que le ha sentenciado á ser pasado por las armas.

LUISA. Cielos!

PAB. Y mañana es el dia señalado para...

LUISA. Ah!.. (*Dá un grito*) calla! calla! que me partes el corazon.

PAB. Luisa!.

LUISA. Dime que no es verdad... dime que has querido engañarme...

PAB. Que idea! será posible? Le amas todavia?

LUISA. Si, le amo, le amo con frenesí... le idolatro con todas las veras de mi corazon, y este ardor inestinguible, esta pasion volcánica que abrasa mi alma solo podrà apagarla el yelo del sepulcro... Nada me digas... harto infeliz soy, lo conozco... y á pesar de su perfidia, á pesar de su negra ingratitud, no puedo condenarle al olvido. Dichoso el niño que muere en sus primeros dias, y no llega á conocer esta funesta pasion, que ha sido la causa de todas mis desgracias!

PAB. Luisa! cuánto veneno derraman tus palabras en mi pobre corazon!

LUISA. No comprendo...

PAB. No comprendes?. Pues bien, yo te lo diré... Cuando toda mi felicidad se cifraba en quererte como á una hermana, creia yo que esta afeccion santa y pura, lo era tanto como mi cariño. Creia que la pasion que entonces alimentaba mi alma, era un complemento de mi existencia, era el espíritu vivificador de un corazon que no podía vivir sin ti. Descubrióse el misterio de tu nacimiento, y cuando quise preguntarme à mi mismo la causa de mi ternura, sentí una voz poderosa que me decia ámala... àmala... que es para ti la verdadera felicidad.

LUISA. Pablo, tu?

PAB. Sí, no tengo ya reparo en decirlo... ¡y qué tiene de estraño! Sabes tu por ventura lo qué es amor? Sabes que el amor verdadero

es una flor que recibe la existencia al mismo tiempo que nosotros, que con nosotros crece, y con nosotros cesa de existir? Que es el alma de nuestras acciones, de nuestras palabras, y de todos nuestros pensamientos? Qué es una pasion que tiene su origen en el mismo Dios de las bondades?.. Luisa... tu no lo sabes... y por eso no puedes comprenderme.

Luisa. Pluguiera al cielo!

Pab. Pues bien. Hé aqui mi mano; con ella te ofrezco un apellido pobre, pero honroso; acepta una y otro, y con esto habràs apreciado mi cariño en todo su valor. Perderás un hermano... pero en cambio encontrarás un hombre que empleará toda su vida en hacerte venturosa y feliz. El anciano Roberto vivirá tranquilo en el seno de sus hijos; tu le consolarás en mi ausencia, y yo combatiré por la Francia con la tranquilidad que inspira una conciencia pura, y un corazon honrado!.. Qué porvenir tan venturoso! No es verdad Luisa?

Luisa. Pablo... Pablo!.. ¿por qué no eres mi hermano?

Pab. Como?

Luisa. Hubiera depositado mis penas en tu corazon, tu me hubieras confiado las tuyas, y curariamos las heridas de nuestra alma con el bálsamo del cariño fraternal. Tu me contarias tus amores, yo te hablaria de los mios, y formariamos los dos una sola existencia... Pero ahora...

Pab. Acaba .. Qué?

Luisa. Oyeme un instante sin incomodarte. Yo agra, dezco cuando puedo el esceso de tu bondad, y conozco que no podré pagarle, aun cuando toda mi vida la consagrara en tu servicio... Pero sin hacerme mucho mas infeliz de lo que soy, sin ser perjura para con Dios, con tigo, y hasta conmigo misma, no es posible que pueda profesarte otro afecto que el de hermano...

Pab. Luisa... podia yo esperar?

Luisa. Comprendo lo mucho que sufrirás, pero sé indulgente, perdóname... y el cielo te conceda la felicidad que há tanto tiempo me ha negado. Tu creerias poseer mi corazon, y mi corazon seria de otro... te dirijiria palabras de

falsedad y de mentira; la lengua callaria... pero mis ojos te dirían que la que fué amante perjura, no puede ser esposa fiel. Mi conciencia me acusara de haberte hecho desgraciado, y harto sufro ahora para poder soportar la idea de mayores padecimientos.

PAB. Sin duda olvidas, que Eugenio...

LUISA. Ah! (*Dando un grito y cubriéndose la cara.*) Es verdad que và á morir!

PAB. Y aun cuando viviera no seria para ti; entonces tendria que darme cuenta de tu honor y en esta lucha habrias de llorar la muerte de uno de los dos.

LUISA. Es verdad!

PAB. Ahora, Luisa, piensa bien lo que te voy á decir: sacrificio por sacrificio, y amor por amor. Solo á un precio podré conseguir su perdon. (*Se oye un redoble de caja*)

LUISA. Habla... no te detengas, cuanto quieras, cuanto pidas!

PAB. El general tiene que concederme una gracia; acepta mi mano, y se salva...

LUISA Imposible.. imposible.. Y Eugenio?

PAB. Y mi corazon? Vuélvemele; dame la paz.... la tranquilidad que me has robado, y te olvidaré... si es que puedo olvidarte alguna vez. Qué decides?

LUISA. Toma mi vida por la suya... mátame... pero no exijas mas.

ESCENA X.

Dichos, Roberto, Lalá entra por el foro, se abren las ventanas, y se ven las tropas formadas. Marcha nacional.

ROB. Esos vivas, esa marcha...

LALA. Esto ya me lo figuraba yo! Ciudadano Roberto... querido Pablo... ciudadana Luisa. (*Pablo se sienta á escribir.*)

ROB. Hablad.

LALA. El primer Consul...

ROB. Qué?..

LALA. Ha leido vuestra carta.

ROB. Y bien?

LALA. Y vendrá á veros personalmente.

ROB. Es posible?

ESCENA XI.

Napoleon en el foro, generales, guardias y pueblo; la tropa presenta las armas.

VOCES. Viva el primer Cónsul; viva Bonaparte.

SOLDADOS QUE ENTRAN. Despejad. (*A Lalá.*)

LALA. A mi? Al ciudadano...

SOLD. Retiraos.

LALA. Esto ya me lo figuraba. (*Vàse.*)

ESENA XII.

(*Dichos. Napoleon entra seguido de sus generales, al tiempo que vá á salir Roberto: el pueblo se agrupa á las ventanas y puertas.*

NAP. Salud á mis bravos granaderos (*Se descubre.*)

ROB. El primer Cónsul en mi casa?... (*Arrodillado.*)

NAP. Sí, Napoleon en la casa de un valiente.

ROB. Dadme á besar...

NAP. En mis brazos, valiente camarada. He recibido vuestra carta, no necesitais recordarme vuestras acciones. Fuísteis el mas valeroso granadero de mí ejército; he colocado en vuestro pecho seis recuerdos de vuestro heroismo, y os he regalado un sable.

ROB. Helo aqui, mi general... este es mi báculo.

NAP. Vuestra hija recobrará el honor.

ROB. Gracias, mi general, gracias.

NAP. El capitan Eugenio será hoy su esposo, y mañana sufrirá el castigo de los desobedientes.

LUISA. Ya no hay esperanza ..!

PAB. Este es su perdon. (*A Luisa.*)

NAP. Teneis un hijo tan honrado como valiente. Me salvó la vida en 1799, y ha arrancado una bandera de manos de los austriacos, penetrando por medio de cien bayonetas. He prometido concederle una gracia...

PAB. Luisa!! (*Roberto manifiesta á Napoleon su gratitud.*)

LUISA. Ten compasion de Eugenio. (*Viendo á Pablo que hace ademan de romper el pliego.*)

NAP. Y bien, mi valiente granadero... nada tienes que pedir?

PAB. (Oh! que sean felices) mi general firmad. (*Despues de un momento de incertidumbre presenta el pliego á Napoleon que lo firma.*)

LUISA. Gracias, Dios mio. (*Cayendo de rodillas.*)

CUADRO FINAL.